TRADUCCIÓN ESPECIAL PARA VIA LIBRE

LA RUSIA ROJA

El primer lugar habitado donde llegamos después de cruzar la frontera entre Estonia y Rusia, fué a Yamburgo, aldea de 3.000 habitantes, que en el otoño pasado, había adquirido alguna fama gracias al Ejército Blanco de Yudenich, que había hecho de ella su cuartel general con el propósito de marchar sobre Petrogrado. El tren se detuvo en la estación de Yamburgo, donde nos esperaba una muchedumbre de campesinos, obreros, mujeres, niños y soldados rojos. Casi todos ellos se habían alineado en formación militar a lo largo de la estación. Nadie se apartó de su puesto para acercarse al tren, como lo hubiera hecho una muchedumbre semejante en Italia. Por donde quiera se veían estandartes y banderas rojas. De pronto se oyó un canto solemne, todos se descubrieron, los soldados hicieron firmes, y, tocándose el kepis con las manos, cantaron con los demás. Era la *Internacional;* la cantaron en voz alta y sostenida, con una expresión casi religiosa en sus caras y voz, que me hizo recordar los himnos religiosos en la Iglesia de Reval. Todos escuchamos con profunda emoción.

Los más escépticos de nosotros sentimos que los ojos se nos humedecían. Pensamos los prolongados, crueles e indescriptibles sufrimientos del publo ruso, una parte del cual estaba aquí representado, en el umbral de la República Soviet.

Cesó el canto. Alguien, un comisario del soviet local, gritó en voz alta algo que entendimos ser un saludo al socialismo italiano, y la muchedumbre contestó de igual modo.

Siguió luego un discurso de bien venida. Un soldado nos la dió en nombre del Ejército Rojo, un trabajador en nombre de sus compañeros de fábrica, un comunista en nombre del partido, el Presidente del Soviet local en nombre del gobierno local. Serrati contestó en nombre de todos y un camarada ruso tradujo.

Pensamos que el tren continuaría su marcha, pero no fué así. El soviet quiso que fuéramos sus huéspedes una hora por lo menos. Nos mezclamos con la muchedumbre, se formó una manifestación y proseguimos por las anchas calles rectas de la aldea con sus casas pequeñas de madera o ladrillo rojo, y por las avenidas sembradas de árboles, con su verde y delicado follaje. La manifestación avanzó cantando. Otra vez vibraba la *Internacional* en el aire claro y fresco de la primavera.

Nada de gritos ni alboroto. Nada que nos hiciera recordar las manifestaciones políticas de las masas de raza latina. Si en lugar de banderas rojas hubiéramos visto estandartes con símbolos sagrados habríamos creído contemplar una procesión religiosa en una aldea veneciana.

En la Casa del Pueblo había una mesa de banquete con cubiertos para unas treinta personas, sobre la cual veíanse montoncitos de rebanadas de pan negro, mantequilleras repletas, excelente queso fresco y un samovar monumental para el té.

Después del almuerzo inspeccionamos el edificio. Era una amplia residencia burguesa. Su dueño había huído con su familia, sabe Dios dónde, y el soviet había tomado posesión de ella. Allí estaba la pequeña sala. Todo estaba en su lugar en perfecto orden y escrupulosamente mpio, dos cómodos divanes, mecedoras, sillones, espejos de pared, y en un rincón un piano. En él tocaba la hija del propietario. Ahora eran los hijos e hijas de los trabajadores, que también estudiaban música en las escuelas del soviet, eran los que lo utilizaban.

En las tardes del largo invierno esta salita está siempre llena de gente. Allí juegan y bailan. Hay otros cuartos: el de lectura, el de fumar y otros pequeños acondicionados para dormir. Las camitas dan la impresión de que aguardan quién las ocupe. Buen número de ellas están guardadas para los camaradas que hacen aquí posada, debido a que no hay hoteles en Yamburgo.

Le pregunto a un viejo campesino cuya cara termina en una barbilla gris y crespa, y que me mira con un par de ojos vivos e inquietos: «¿Quedan todavía algunos burgueses en Yamburgo?» «Ya lo creo», contesta. «Y les han quitado las casas, muebles y sus tierras?» «Oh, no! Las tierras sí, porque no las trabajaban; pero ellos se han quedado en sus casas y nadie los molesta».

Luego le pregunté si estaba satisfecho con la Revolución. Replicó: «Tengo dos hijos en el Ejército Rojo, y sólo siento no tener más o no poder ir yo mismo al frente. Me dicen que estoy viejo y que hago más trabajando en la fábrica. Sin duda la Revolución no es un pasatiempo, sino que es necesaria. Yamburgo ha sido tres veces teatro de batallas, y ha estado dos veces en poder de los Blancos. Y si hubiéramos de estar otras dos veces bajo su dominio, diría siempre que la Revolución es sagrada».

Otro, un joven trabajador, oficial de la guarnición, me explicó mejor lo que significaba haber estado bajo el poder de los Blancos: mujeres violadas, hombres torturados y fusilados, casas incendiadas y provisiones requisadas.

«Pero eso ya pasó, continuó, Yudenich no volverá. La última lección fué decisiva.»

—«Supón que viniera otro Yudenich.»

—«Entonces pelearíamos otra vez contra él, como peleamos ahora contra los polacos, hasta que les quebremos las costillas.»

Hablaba con un joven de veinte años, rubio, de ojos azules y de cara fina. Hablaba con calma, desapasionadamente, como si estuviera relatando un cuento leído en un libro.

Después de algunos discursos más y de algunas otras manifestaciones de alegría, salimos de Yamburgo, despedidos otra vez con los acordes de la Internacional, con manos que se alargaban y se movían en adiós, mientras el tren se alejaba poco a poco con dirección al Este.

En Gatchina el tren hizo dos altos. Primero en los suburbios, donde otra vez nos saludó la muchedumbre, más numerosa y festiva que en Yamburgo; y luego en la estación principal.

Aquí había una inmensa muchedumbre. El entusiasmo era más intenso. Las mujeres, jóvenes algunas y otras de más edad, aparecían en gran número. Mostraban más elegancia, y ya uno sentía la proximidad de Petrogrado. Lo que nos sorprendía era la larga fila de soldados que formaban una especie de muralla que impedía que la muchedumbre se desbordara. Espléndidamente equipados, con las bayonetas caladas, saludaban solemne y anhelosamente nuestra llegada. Era una división del Ejercito Rojo, cuya perfecta disciplina vimos y comprendimos.

El Comisario del Sétimo Regimiento, Lashkevich, obrero metalúrgico, subió a una banca, y habló a los soldados y al pueblo. Es un orador de naturaleza, uno de esos hombres que tienen la virtud de dominar las masas.

Aparte de lo que tuvo que decir—que nos fué traducido brevemente por un intérprete—su éxito como orador estaba en la claridad de su voz, en sus gestos resueltos y respetables, en su mirada de hombre a quien nada le arredra, en toda su figura, una elocuente expresión de poder, convicción, valor y voluntad, que en las batallas animan e inspiran a los desalentados.

Hubo otros oradores, simples obreros. Sin embargo, ninguno logró borrar la impresión qne nos había dejado el metalúrgico, el jefe del ejército. Comprendimos cómo con hombres así, forjados al ardiente calor de la Revolución, surgidos casi violentamente de una clase que ayer no más estaba condenada a que la muela cruel de la eterna esclavitud destruyera todos los valores morales y espirituales que poseía, ha podido este pueblo, a pesar de los obstáculos que la historia le ha presentado, para probar su tenacidad y su capacidad para la victoria de la raza o de la clase, salir triunfante.

Cuando escuché a Lashkevich me pareció que la elocuencia, ese maravilloso instrumento que sirve para comunicar nuestros pensamientos, corrompida sólo por la retórica y las mentiras de una enervada y archirrefinada civilización, recuperaba su papel como constructora de la historia. No puedo concebir este poderoso Ejército Rojo, tan grande, tan bien disciplinado, tan heroico y paciente, que desde Irkutsk a Arcángel, desde Persia hasta Crimea, desde Berezina hasta el Ural ha peleado y pelea todavía, destruyendo constantemente una multitud de enemigos que se renuevan cada día, no puedo, repito, concebir este ejército proletario, compuesto de hombres que saben que ofrecen la vida por la libertad y por el más alto ideal que haya tenido jamás cabida en la mente y el corazón de los hombres, sin una pléyade de oradores como este que oí, capaces de mantener el corazón de los soldados en ardiente pasión por la Revolución, por la cual es bello vivir, pero por la cual es bello también morir.

VINCENZO VACIRCA

Nuestros Agentes

SAN JOSÉ: GONZALO MORAGA.
CARTAGO: MARCIAL ROSSI.
ALAJUELA: CARLOS CALVO FERNÁNDEZ.
PUNTARENAS: FRANCISCO L. HUEZO.
LIMÓN: VÍCTOR M. SALAZAR.
LIBERIA: ALBERTO CORTÉS.
HEREDIA: RAFAEL J. ELIZONDO.
SAN RAMÓN: NAUTILIO ACOSTA.
SANTA ANA: JUAN MÉNDEZ CHAVES.
SIQUIRRES: LESMES SAURES.
NARANJO: HUGO BLANCO MATA.
LA MANSIÓN: JOSÉ PÉREZ PÉREZ.
SAN MATEO: JACINTA DE CASTRO.
GUADALUPE: JOSÉ A. CHAVES.
MINA AGUACATE: RAFAEL CAMPOS S.
VILLA QUESADA: DOMINGO ESQUIVEL CH.
TURRIALBA: JAIME MARÍN P.
SANTA BÁRBARA: PEDRO SÁNCHEZ V.
ATENAS: ABEL VILLEGAS U.
PACAYAS: MALAQUÍAS VEGA.
SANTO DOMINGO: VÍCTOR RODRÍGUEZ.
LA CRUZ (Guanacaste), OTONIEL VEGA.
MIRAMAR: RAFAEL GARITA R.

NOTA.—Se vende en las librerías TORMO, MONTERO y ALSINA a 15 CÉNTIMOS ejemplar.

JUGUETES
Cajas de papel y sobres
: : : Libros y artículos para regalos : : :
Todo muy barato
LIBRERIA TORMO
Apartado 664 Avenida Central Teléfono 439

LA MARINITA
Licores - Abarrotes - Pulpería
Recomendamos a nuestros amigos hagan sus compras en este establecimiento:
Buen trato y legalidad en la pesa. Situada en la 7a. Av. E.
RAFAEL SEGOVIA, Propietario

Ezequiel Rodríguez
ZAPATERO
Se hace cargo de trabajos a medida—Buenos materiales Precios módicos—50 varas al Sur de la Casa Refugio.

LA GEISHA y LA FERIA
GIRALT Haos. Propietarios
Son los establecimientos preferidos por el público.
En La Geisha encontrará usted un completo surtido de conservas, tosteles y vinos.
En La Feria le servirán a usted Cenas, Cafés y Chocolates. Frente al Teatro Nacional.